

Argentina-Brasil: primeras acciones coordinadas en política exterior

Daniel Amicci

Universidad Nacional de Villa María, Córdoba
(Argentina)

Resumen

El abordaje de las relaciones argentino-brasileñas durante el desarrollismo abre el camino para realizar una interpretación amplia de la articulación de una y otra Cancillería en pos de objetivos comunes. El presente artículo describe los resultados alcanzados luego de las negociaciones de la cumbre de Uruguayana de 1961, que dieron lugar a acciones recíprocas tendientes a lograr, por un lado, la implementación de los créditos norteamericanos hacia las áreas productivas y, por el otro, a la continuación de una política exterior independiente, que debió lidiar con las presiones del gobierno del Norte para excluir a Cuba del sistema de naciones americanas. En ese sentido dialogamos, sobre todo, acerca de las medidas tomadas por ambas diplomacias en Punta del Este (1962), cuyas derivaciones alimentaron los movimientos golpistas que condujeron a una nueva involución en el proceso de convergencia entre ambos vecinos del Cono Sur.

Palabras claves: alianza argentino-brasileña, desarrollismo, cumbre de Punta del Este, década de 1960.

Abstract

Addressing Argentine-Brazilian relations during the developmentalist period allows us to broadly interpret the coordination of both countries' Foreign Ministries in the pursuit of common objectives. The current article describes the results achieved following the negotiations at the 1961 Uruguayana Summit, which permitted reciprocal actions so as to achieve, on the one hand, the implementation of North American credits in productive areas and, on the other hand, the continuity of an independent foreign politics, which had to face pressure from the Northern government to exclude Cuba from the American nation's system. For this reason, we focus especially on the Minister's meetings held at Punta del Este and their results, which fostered the "coup" movements in the region and, also, resulted in a new involution in the convergence process of the two South American neighbors.

Keywords: argentine-Brazilian alliance, developmentalism, Punta del

Este Summit, 1960s.

Introducción

Este breve escrito tiene como propósito central abordar los trascendentes resultados obtenidos por la alianza estratégica construida entre Argentina y Brasil durante la etapa del desarrollismo, tras alcanzar su máxima expresión en los acuerdos negociados en la Cumbre de Uruguayana. En este sentido, hemos puesto el énfasis en los logros derivados de esa histórica reunión, que permitieron poner en práctica una estrategia compartida tendiente a conseguir objetivos propios tanto de la esfera económica como de la política.

En el primer aspecto a través de las gestiones diplomáticas tendientes a encaminar los fondos de la Alianza para el Progreso hacia el desarrollo integral y, en el restante, en pos de sostener el derecho de autodeterminación de los pueblos y evitar la expulsión de Cuba del seno de la comunidad americana. Esta práctica recíproca comenzó a concretarse durante el transcurso de los preparativos de la Octava Reunión de Cancilleres Americanos en Punta del Este (enero de 1962), y alcanzó su punto culminante en los sucesivos debates que, posteriormente, desencadenaron un complejo haz de movimientos golpistas en la región.

En líneas generales, hacia 1959 la victoria de la Revolución cubana había empujado al continente hacia el vértice de la escalada de tensiones que, sumado a la injerencia de la Unión Soviética, llegaron a afectar a gran parte del orbe. Frente a esa evolución crítica y apremiados por esta “invasión” a su espacio de poder más cercano, los Estados Unidos emprendieron acciones profilácticas contra la propagación de la ideología comunista, disponiendo para ello de medidas extremas, tal como el apoyo al intento de invasión a Cuba para derrotar al régimen castrista. No obstante, una vez fracasada esa metodología, volcaron toda su presión a través de mecanismos diplomáticos, tratando de “copar” los organismos continentales, particularmente en la Organización de Estados Americanos -OEA-, a fin de conseguir en la mesa de negociaciones lo que se le había negado en el campo de batalla.

En la porción inicial del texto dialogamos acerca de la naturaleza y los fines del programa de asistencia crediticio yanqui, que encontró en el eje sudamericano una buena recepción, aunque también recibió fuertes críticas en razón de la insistencia del presidente Kennedy de encaminarlo hacia medidas asistencialistas sin aceptar las propuestas tendientes a priorizar objetivos desarrollistas.

Luego, analizamos el curso de la acometida del poder hegemónico sobre Latinoamérica que encontrará en sus naciones más fuertes, sobre todo en la dupla Argentina-Brasil, un dique de contención a sus pretensiones. Uno y otro

país llegaron a pergeñar, en las reuniones de consulta de cancilleres de Punta del Este, un frente común que llegó a mitigar la fuerza de las presiones de Estados Unidos. Si bien alcanzaron a cumplir con esa meta, hemos dejado expuestos los fuertes obstáculos que tuvieron que sortear, generados por la firme oposición del bloque liderado por el novel eje sudamericano.

Finalmente, realizamos una lectura de los resultados que entrambos vecinos de la Cuenca del Plata habían alcanzado en esas circunstancias críticas, esto es un grado de entendimiento y cooperación notable. Todo ello era el corolario del proceso iniciado años antes con las primeras y tímidas aproximaciones habidas entre el jefe de Estado argentino Arturo Frondizi y su par carioca Juscelino Kubistchek, luego profundizadas por sus sucesores Jânio Quadros y João Goulart. Concluimos el trabajo exponiendo las derivaciones del fin de la etapa desarrollista argentina y el retroceso de los avances hacia la integración bilateral, generada por los movimientos militares que terminaron con la democracia en ambas naciones.

Asistencialismo versus desenvolvimiento

A poco de finalizado el histórico encuentro de Uruguayana (20-22 de abril de 1961) entre los presidentes Arturo Frondizi y Jânio Quadros, con la correspondiente firma de los acuerdos bilaterales, comenzaron los preparativos para coordinar las acciones -tales como lo estipulaba el mecanismo de consulta rubricado- que se implementarían durante la conferencia extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en la uruguaya Punta del Este (agosto de 1961). Esta reunión había sido convocada por la OEA *ad hoc* para tratar la propuesta norteamericana de asistencia financiera ofrecida dentro del programa denominado “Alianza para el Progreso” -ALPRO-, gestado por John F. Kennedy. La cita ya se perfilaba como trascendente, de la mano de los críticos sucesos desatados a raíz de la fallida invasión de Playa Girón, así como del lanzamiento oficial de la propuesta de la administración demócrata, que se esforzaba en publicitarla como un nuevo y mejorado Plan Marshall latinoamericano.

Los sucesos derivados llegaron a opacar los resultados de la trascendente cumbre de Uruguayana, generados por los fanatismos de los grupos opositores que actuaban sobre todo en Argentina, “donde muchos militares [en opinión del general golpista Toranzo Montero] creían que Frondizi era comunista”. En efecto y como bien lo señalaba Potash, (1985, t. 2, 452), los miembros de las FF.AA que conspiraban pasaron de manifestar cierta “preocupación” por el acuerdo de Uruguayana a “montar una resistencia organizada”, como resultado de las posiciones que tomó el gobierno acerca de la cuestión cubana.

En la cita de Punta del Este, la potencia hegemónica intentaba empujar a

los países latinoamericanos hacia una alianza anticubana, cuyo gobierno estaba, según su óptica, dividiendo a la familia panamericana. A cambio de su apoyo se comprometía a llevar adelante un titánico programa de ayuda económica que preveía, en los diez años siguientes, inyectar en el Subcontinente una cifra de 20.000 millones de dólares.

Poco tiempo atrás, Eisenhower en la Reunión del Comité de los 21 había propuesto un plan similar, el Fondo para el Progreso Social, que estaba en línea con el ideario de la Operación Panamericana -OPA-. Y, en ese entonces, tal como iba a suceder en Punta del Este, la orientación de la ayuda norteamericana estuvo dirigida hacia la infraestructura social, dejando de lado el apoyo necesario para los proyectos de desarrollo que tanto solicitaban Frondizi y Kubistchek, sustentados en la industrialización de base (transportes, energía y siderurgia).

Ambos presidentes desconfiaban de esa propuesta, porque entendían que se trataba de “puro” asistencialismo. De todas maneras, el apoyo no llegó a concretarse y Eisenhower terminó su mandato dejando a su sucesor la tarea de continuar con la iniciativa. Kennedy y su nueva oferta diferían poco de la anterior. Frondizi (1989,17) ofrecía una lectura fidedigna: “Este plan [ALPRO] nació con el signo de la preocupación por los problemas del desarrollo social. Era una respuesta política al problema político planteado por el desafío cubano”.

El contenido de un artículo aparecido en *The Pittsburgh Press* resultaba claro al respecto, al definir a la Alianza para el Progreso como un plan destinado a desafiar “a los rojos”. En otras palabras, atribuía al programa la intención política de convertirse en una competencia contra el respectivo plan de asistencia soviético de los “20 años” que, poco tiempo atrás, Moscú había hecho público, publicitándolo como una generosa ayuda destinada a países subdesarrollados (10 de agosto, 14).

Con anterioridad a la conferencia de la OEA, Argentina y Brasil estaban preparándose para llevar adelante negociaciones en común, tal como había sido acordado en la reunión de Uruguayana, a fin de edificar una posición compartida para presentar ante el gobierno norteamericano sobre los alcances del plan de ayuda ofrecido. La idea rectora buscaba priorizar el enfoque puesto por sus gestiones en el desarrollo de las industrias de base y a “convertir al Brasil y la Argentina en centros de irradiación del desarrollo -polos difusores- que se encargarían de desarrollar las [restantes] subregiones” del Subcontinente (Lanús, 1984, 203).

Una vez inaugurada la reunión, el presidente Kennedy hizo llegar un mensaje donde anunciaba que los países latinoamericanos iban a recibir una importante línea de créditos, que a *posteriori* sería incrementada, porque tal como previamente lo había afirmado frente a sus respectivos delegados (hecho que despertó gran expectativa), sólo un esfuerzo de grandes proporciones, a seme-

janza del plan Marshall, podría salvar a Latinoamérica de sus “enfermedades económicas” (*Jornal do Brasil*, 1961, 7 de agosto, 1-4). Seguidamente, Dillon, Secretario del Tesoro norteamericano, comunicaba con bombo y platillo la inyección de por los menos 20 mil millones de dólares en la economía del Subcontinente, a ejecutarse en el término de diez años.

A su turno, y en relación a las medidas crediticias divulgadas, el ministro de Finanzas Clemente Mariani, jefe de la delegación brasilera, expresaba que la “neutralización del conflicto ideológico Este-Oeste está cada vez más condicionada a la atenuación del desequilibrio económico y social entre el Norte y el Sur de América”. Sus palabras, que perseguían apurar la ayuda ofrecida apoyándose en los sucesos cubanos, formaban parte de un artículo que, acorde con sus manifestaciones, llevaba como título “Guerra fria tem base econômica” (*Jornal do Brasil*, 1961, 9 de agosto, 1). Por su lado, Dillon, Secretario del Tesoro norteamericano, anunciaba con bombos y platillos la inyección de por los menos 20 billones de dólares en la economía del Subcontinente, a ejecutar en el término de diez años.

El proyecto de asistencia yanqui exigía a los beneficiarios latinoamericanos dos puntos principales: reforma económica estructural, inclusive la agraria y control de los fondos por un comité de técnicos. Ante estos requerimientos las diplomacias de Argentina y Brasil trabajaron para la modificación del plan, en pos de adecuarlo a las exigencias regionales, que buscaban poner en el centro del debate el apoyo a las políticas desarrollistas por sobre las asistencialistas. Es decir, quitar la mira de los programas sociales para calibrarla en los industriales.

Argentina, respaldada por Brasil, también remarcó la cuestión de que cada país tenía el derecho de planificar su propia estrategia de desarrollo y el destino de los fondos del programa, sin tener que caer en manos de “la burocracia internacional”, en referencia a la CEPAL, que pretendía controlar la ayuda por medio de un comité de asesores foráneos. Esta controversia finalmente fue subsanada, triunfando la posición de ambos países contra los intentos interesados en organizar un ente de “gerenciamiento supranacional”.

En ese sentido, el asesor del presidente de los EUA, Richard Goodwin, participe destacado en Punta del Este, definía cuáles características diferenciaban a la ALPRO con respecto a políticas precedentes implementadas por parte de su gobierno:

Es un esfuerzo más amplio destinado a la solución de los problemas de la sociedad en su conjunto; depende del planeamiento nacional (...) cada nación formulará por sí misma un sistema de prioridades, metas y proyectos; otorga máxima importancia a los conceptos de auto-ayuda y reforma social; difiere también en magnitud (...) A lo largo de los próximos 10 años solicitamos contribuciones de capital de (...) más de

20 billones de dólares (Goodwin, 1962, 23-25).

En ese clima expectante, si bien la participación del grupo de diplomáticos argentinos, en coordinación con los brasileños, fue determinante, las acciones que depararon la mayor atención provenían del polémico representante de Cuba, Ernesto Guevara. El recién nombrado Ministro de Industria también destacaría, más allá de los planteamientos políticos-ideológicos que expuso en su locución, la dirección equivocada del proyecto estadounidense, que perseguía un rumbo “asistencialista”:

¿No tienen un poco la impresión de que se les está tomando el pelo? Se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas (...) ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maquinarias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industriales-agrícolas, de una sola vez? (Guevara, 2006).

Paralelamente advirtió que la conferencia era de tinte meramente político, anticubana, y que contrariamente a lo que se intentaba publicitar, no había sido promovida para tratar el tema de la industrialización latinoamericana. De hecho, el principal motivador que alentaba el gobierno norteamericano sería “simplemente” condenar al régimen castrista.

Los resultados de la reunión del CIES en Punta del Este

Luego de arduos debates, que caracterizaron el desenvolvimiento de gran parte de los temas tratados, el 17 de agosto arribaron a la firma de un acuerdo que dio lugar a la denominada Carta de Punta del Este, aunque no contó con la rúbrica del representante de Cuba. De manera oficial se había puesto en marcha la ALPRO, con la aceptación de dos escritos que estipulaban el otorgamiento de 20 billones de dólares en diez años. No obstante el complicado derrotero para llegar a un arreglo (en un juego de presiones e intereses que demandó casi dos semanas), terminó conformando “un compromiso más o menos aceptable para todos los países”. El programa alternativo a la propuesta original fue trabajado en conjunto por los delegados de Estados Unidos, Brasil, Chile y Argentina (Escudé y Cisneros, 2000, cap. 63).

De igual modo, consideramos necesario agregar el papel asumido por Perú, cuyo presidente había mantenido una cordial reunión con su par brasileiro, compartiendo los lineamientos básicos que definirían la posición a tomar en la conferencia, donde el peruano llevó a cabo una labor destacada en la redacción de las propuestas (*Jornal do Brasil*, 1961, 10 de agosto, 1). Brasil se mostró conforme con el resultado; aun mas Uruguay, cuyo mandatario Eduardo Azzini

calificó al evento, en términos reproducidos por un matutino estadounidense, como “el comienzo de una histórica época para el continente” (*The Bonham Daily Favorite*, 1961, 17 de agosto, 1). En cambio, Argentina mostró moderación en sus expectativas (Camilión, 1999, 79).

Entretanto, los EUA señalaban que Cuba no recibiría asistencia alguna mientras continuara su relación con la Unión Soviética. La actitud condenatoria hacia el régimen castrista por parte del mandamás hemisférico tenía una corta pero agitada vida, que había encontrado en su transcurso firme oposición por parte de los mayores estados latinoamericanos. La política del Norte pretendía, tal como sucedió finalmente en el espacio de pocos meses, la exclusión de la isla caribeña del sistema interamericano, que había pasado a ser el tema principal en la agenda del gobierno de EEUU, reorientando la línea diplomática “de manera un tanto súbita” (Teichert, 1962, 89-90).

La defensa mancomunada de los intereses regionales

Desde el 22 al 31 de enero de 1962 se llevaría a cabo, nuevamente en Punta del Este, la Octava Reunión de Consulta de Cancilleres de la Organización de Estados Americanos. En esa nueva cita, de tinte decididamente político, el asunto crucial fue el tratamiento de la separación de Cuba del organismo continental, impulsado por los diplomáticos de Estados Unidos.

El objetivo del decisor hemisférico finalmente se cumplió, pero no sin antes tener que lidiar con denuedo con la oposición de las mayores naciones del bloque, sobre todo contra la “dupla” diplomática conformada por Brasil y Argentina, que se mantenían firmes en sus posiciones sobre la no intervención. Dantas, Canciller del Brasil y activo defensor de la continuidad de la Política Externa Independiente -PEI-, dejaba en claro que su país no tenía motivo alguno para mudar la línea que se venía manteniendo hacia el régimen cubano, y que la política exterior “não muda como os fenómenos meteorológicos” (Dantas, 1961, 19; *Jornal do Brasil*, 1962, 6 de enero, 1-3; Marques Bezerra, 2010, 49-53).

Según el criterio de Dallanegra Pedraza, al describir las conductas de tipo “autónomas” ejercidas por parte de países “hegemonizados” que buscan poner distancia de la potencia dominante, Cuba se habría visto impelida a buscar soporte en el bloque comunista, el cual le ofreció apoyo bajo la condición de que aceptara la doctrina marxista. Esta vía, que la acercaba a los soviéticos, la habría elegido luego de toparse con profundos obstáculos al momento de buscar apoyo en el bloque occidental, en pos de lograr mantener en pie su postura de no alineación frente al dominio norteamericano. Bajo el peso de estos complejos acontecimientos, los verdaderos motivos que impulsaban los encuentros de la OEA serían, en realidad, meras excusas para generar tratados funcionales

a los intereses norteamericanos. Y, si esta estrategia diplomática de presión no resultara efectiva, podría encausar las “conductas del descarriado” valiéndose de presiones económicas o medidas violentas, tales como la malograda invasión de Playa Girón y el posterior bloqueo comercial (Dallanegra Pedraza, 2009, cap. IV, 53-54).

En efecto, la nueva cita convocada por el presidente de Colombia Lleras Camargo, que se apoyaba en el artículo sexto del Tratado de Río de Janeiro relativo a asuntos de integridad, soberanía e independencia de cualquier estado americano, dejaba espacio para un abanico de exégesis. En palabras de Kennedy a Frondizi era “para desarrollar medios para oponerse al peligro existente”, o sea el régimen castrista (Frondizi, 1989, 28). En esta oportunidad, el objetivo esgrimido consistía en analizar la situación del caso cubano y sus derivaciones políticas para el sistema americano. Esta agenda política, que dejaba de lado las importantes cuestiones económicas que se venían barajando, motivó la oposición a la realización del encuentro por parte de Brasil y México (Marques Bezerra, 2010, 53).

Con la reunión, el mandatario colombiano, junto a su canciller, pretendía activar los procedimientos profilácticos destinados a detener agresiones contra el sistema interamericano, estipulados por el TIAR, previo llamado al órgano de consulta. Esto es, organizar una reunión de la OEA para aplicar sanciones a Cuba, que en otros términos implicaría su expulsión del organismo continental; posición que era compartida por Venezuela.

En contrapartida, Argentina, Brasil, Chile y México, es decir los países más importantes de la región, estaban en desacuerdo, puesto que su lectura del conflicto les sugería que el rompimiento terminaría por “arrojar a Cuba en los brazos de la Unión Soviética” (Camilión, 1999, 87-94; Dantas, 1961, 19). A pesar de este clima enrarecido, Frondizi en carta enviada a Kennedy el 2 de enero, le remarcaba que el “espíritu” que domine la reunión tendría que ser el de la Alianza para el Progreso (Frondizi, 1989, 171).

En su continua búsqueda por conseguir que el norteamericano hiciera efectiva la asistencia crediticia, lo “tentó” al asegurarle una sólida alianza con Latinoamérica, “un frente compacto e indestructible” con el que su país iba a lograr “un verdadero triunfo internacional”. En cuanto al gobierno cubano, Frondizi le señalaba que Castro tendría que enfrentar una complicada disyuntiva si optaba por alejarse del sistema interamericano, dado que lo excluiría de los posibles beneficios del programa. Esta decisión, seguramente acarrearía el descontento de su pueblo, que le endilgaría la falta de tino al dejar pasar la ocasión de recibir esa importante ayuda financiera. De allí que Frondizi expresara, siempre con la mira puesta en convencer a Kennedy, que: “para que Castro se enfrente verdaderamente con este dilema al mismo tiempo que no pueda haber opción a los restantes pueblos latinoamericanos, es absolutamente imprescindible

dible movilizar recursos financieros y técnicos”. Y, para evitar que cualquier demora pusiera en riesgo la estabilidad de la región, era necesario actuar con celeridad, adjudicando tanto el éxito como un potencial fracaso político-económico a la “responsabilidad casi exclusiva” de los Estados Unidos (Frondizi, 1962, 169 y ss.).

Los términos utilizados por el presidente rioplatense, algo distantes de su clásica postura moderada, dejaban entrever la acuciante necesidad de encausar la agenda hacia la esfera económica, en pos de obtener los créditos necesarios para acelerar los logros conseguidos por el modelo económico desarrollista. Sin embargo, también evidenciaban cierta presión que se animaba a ejercer, alentado por la crisis que enfrentaba la potencia ante el giro marxista del régimen cubano y la desastrosa invasión de Playa Girón. En efecto, era el momento preciso para intentar aprovechar este “intersticio”, surgido tanto por los aciertos de Castro como por los errores de Kennedy, que dejaban abierto un espacio donde era posible implementar “conductas autónomas”, sin despertar mayores recelos de la superpotencia.

Más allá de las intenciones del jefe de Estado argentino para que la conferencia también abordara cuestiones económicas y prácticas, atadas a la ejecución del programa de asistencia financiera norteamericana, el eje de la misma terminó girando únicamente en torno al caso cubano. La cita se había encaminado definitivamente hacia su politización y los planteos que esgrimían las delegaciones se encasillaron en pos de promover o desalentar la salida de Cuba del sistema interamericano.

Las tentativas conciliatorias que habían intentado las diplomacias de México, Argentina y Brasil durante los días previos, así como las propias gestiones de Frondizi ante Kennedy para mediar en el conflicto (al que le envía una serie de propuestas alternativas), no habían arrojado los resultados esperados, sobre todo por las cerradas posiciones de países tales como Guatemala y Colombia que estaban enfrentados con Cuba, y de las propias y agudas presiones internas que sufrían los funcionarios moderados de la administración Kennedy, destinadas a obligarlos a llevar adelante la cuestionada intervención (*Jornal do Brasil*, 1962, 19 de enero, 1).

La “histeria” anticomunista yanqui se había agudizado ante los rumbos emprendidos por el régimen castrista. Ante esta atomización de los objetivos de la conferencia, las delegaciones se prepararon para afrontar el arduo debate que se avecinaba. La posición argentina tendía, apoyándose en la Carta de la OEA y acompañada por Brasil, a buscar una salida para evitar la expulsión cubana, aunque dicho documento debía ser modificado, con anterioridad, si pretendían invocarlo para llevar adelante medidas condenatorias. En este sentido, el nuevo jefe de Estado brasileño João Goulart, al recibir a su par cubano Osvaldo Dorticós en su paso hacia Punta del Este, le anticipó que la posición de su país

daría respaldo al principio de autodeterminación de los pueblos y al respeto de “las profundas divergencias de carácter ideológicas-políticas entre los dos gobiernos” (*Jornal do Brasil*, 1962, 22 de enero, 1).

Por su parte, el diplomático argentino Oscar Camilión, que cumplió un rol destacado en aquellas jornadas, escribió en sus memorias políticas que se temía por represalias por parte de Cuba si era dejada de lado, así como de las izquierdas latinoamericanas que tenían peso en algunos países, como por ejemplo la Bolivia de Paz Estenssoro. De hecho, el tipo de sanciones que se pretendían ejecutar resultaban intrascendentes para intentar derrocar al régimen castrista, tal como lo demostró el bloqueo norteamericano; por el contrario su efecto deparará en una profundización de la alianza cubano-soviética. En otros términos, sancionar a Cuba era simplemente una jugada con demasiados riesgos y escasos o nulos réditos, y conseguir que continuara dentro de la OEA al menos todavía alimentaba la posibilidad de ejercer algún tipo de control o negociación (Camilión, 1999, 87-94).

El juego de poderes: la Guerra Fría en Punta del Este

Durante la conferencia, los agentes argentinos intentaron pergeñar una solución de compromiso, con algún tipo de sanción menor hacia la isla caribeña, ante la cual algunos miembros de la delegación norteamericana, sobre todo Goodwin, le otorgaron cierto crédito. Pero, en ese grupo eran mayoría los que estaban a favor de un rompimiento definitivo de relaciones, tal como el Secretario de Estado Dean Rusk, que declaró necesaria la exclusión de Cuba del sistema interamericano por tratarse de un gobierno ilegítimo.

Ese planteo era compartido fundamentalmente por los colombianos, que denunciaban una conspiración comunista continental, y los guatemaltecos, que amenazaban con dejar las sesiones si Cuba no era sancionada. Vale la pena recordar que el presidente de Guatemala, en un mensaje televisado pocos días antes, había reconocido su apoyo a la invasión de Cuba, motivado por la promesa de buenos oficios de EUA, junto a Inglaterra, para resolver favorablemente el caso del territorio de Honduras Británica (actual Belice) (*Jornal do Brasil*, 1962, 23 de enero, 1-4).

Por otra parte, el Canciller brasileño señalaba a los medios que su país estaba junto a Chile y México a favor de evitar cualquier tipo de sanción económica-diplomática. Y, con el respaldo del presidente cubano Dorticós, postulaba la tesis de “neutralización o finlandización” para Cuba (Lessa y Buarque de Hollanda, 2009, 192). Goodwin, ex asesor de Kennedy, y al momento Subsecretario de Estado Asistente para Asuntos Latino-Americanos, ante la propuesta que le elevara el brasileño se interrogaba si una nación de este Hemisferio podía declararse neutra o no-alineada. La respuesta que ofreció dejaba en claro

que admitía esa posibilidad, y al respecto recordó, a modo de ejemplo, el caso de la política externa de Quadros -el denominado neutralismo potencial- aunque dejando en claro que para el caso de Cuba resultaría inviable, dado que estaba incuestionablemente en una posición radical, “alienada al comunismo”.

Luego, al ser consultado sobre que postura tomaría si un país americano decidiera democráticamente optar por el socialismo, respondió que esa situación no implicaría motivo alguno para la “interferencia” norteamericana (*Jornal do Brasil*, 1962, 24 de enero, 1-5). De más está decir que la respuesta del funcionario de Kennedy resultaba embarazosa de tomar en serio, dadas las frecuentes intervenciones de EUA contra los gobiernos que consideraba izquierdistas o poco “leales” a sus intereses.

Por su lado, Argentina, Bolivia, Ecuador y Haití (que luego dará una vuelta de campana) estaban a favor de “ciertas” sanciones de índole más bien disciplinarias. Es decir, este grupo de naciones estaban actuando en bloque para defender el principio de autodeterminación y de respeto por las diferentes formas de gobierno. Sólo diferían acerca de la aplicación de alguna que otra sanción “moralizante”, o sea una simple salida legalista de compromiso, pero sin caer en medida drástica alguna.¹

En ese aspecto, el equipo del Canciller Cárcano había preparado un escrito con cuatro temas, que incluían sanciones moderadas a Cuba pero sin caer en la expulsión. Resultaba una salida “bizantina” que denotaba la pericia de la diplomacia de Buenos Aires. Los puntos eran los siguientes: 1) aplicación a Cuba de una sanción de tipo moral, por su elección del comunismo; 2) reafirmación de la unidad del sistema interamericano; 3) fijación de un plazo perentorio para el regreso a la democracia en la isla; 4) creación de una comisión compuesta por seis países para estudiar la posibilidad de aislar a Cuba en el caso de que persistiera en sus planes de socialización integral.

Entretanto, Castro llevaba adelante provocaciones duras de digerir, en particular al declarar a su país como socialista. En este ambiente enrarecido, las negociaciones para alcanzar una solución compartida fracasaron, así como la tentativa de elaborar un procedimiento para extender el plazo de la votación y de este modo conseguir más tiempo para continuar negociando, idea que era compartida por Brasil y EUA.

Así las cosas, y sin acuerdo previo, se pasó a decidir la cuestión por votación, mecanismo que dejó expuestos a las presiones de sus opositores de derecha a aquéllos países que se definieron por evitar la expulsión, siendo Argentina el ejemplo paradigmático. De este modo, la Revolución cubana comenzaba a generar sus primeras víctimas en los gobiernos latinoamericanos, desestabili-

¹ En este sentido, la prensa carioca informaba que las divergencias entre el eje argentino-brasileño venían de la mano de las presiones que ejercía la representación estadounidense sobre la del Palacio San Martín (*Jornal do Brasil*, 23 de enero, 3).

zando las frágiles democracias que habían aflorado o intentaban consolidarse. Al respecto, Camilión (1999, 93), expresaba un juicio contundente: “Yo creo que Castro tuvo inmensa responsabilidad en lo que ocurrió después. Personalmente creo que la victoria de Castro fue la mayor desgracia que le ocurrió a América Latina en el curso de su historia”.

En cuanto a los guarismos, el gobierno castrista fue separado de la OEA por catorce votos a favor (que incluyó a último momento el de Haití del dictador Duvalier, que a cambio EUA le restauró la asistencia económica, y de otros estados endebles y vulnerables sobre todo centroamericanos); uno en contra (Cuba) y seis abstenciones (Argentina, México, Chile, Bolivia, Brasil y Ecuador). De este modo, fue posible obtener la mayoría necesaria de dos tercios al “desertar” Haití del grupo de “los siete”, liderado por los dos grandes vecinos del Cono Sur.

Inmediatamente después de la conferencia, Kennedy manifestó su satisfacción con los resultados conseguidos. Paralelamente, anunció que tomaría prontas medidas “prácticas” para combatir el comunismo en el hemisferio. Las sanciones rubricadas incorporaban la prohibición de cualquier tipo de comercio de armamentos o materiales de guerra con La Habana. También aconsejaron implementar otro tipo de castigos comerciales complementarios, que EEUU no dudó en ponerlos en marcha mediante la aprobación del bloqueo total de la isla, en correspondencia con las directrices de la Operación Mangosta (Benítez López, 2005, 31-36).

Victoria pírrica

El diplomático brasileño Alceu Lima (1962, 7) señalaba, a poco de terminada la conferencia, que las presiones anticastristas ante las cuales claudicó Kennedy le impidieron razonar criteriosamente sobre cuál había sido en realidad el resultado obtenido. Indicaba que el interés visible de Fidel Castro era precisamente ser expulsado del sistema panamericano, aunque el costo que deberá afrontar sería convertirse en satélite de la UR.S.S: “a fim de fazer jus a um apoio mais substancial do planêta totalitário de que se tornou satélite, depois que deixou de ser satélite dos Estados Unidos”.

La salida obligada de Cuba de la OEA era, en realidad, un refuerzo a la posición de Castro luego de la invasión de Playa Girón: “Quanto mais maltratado fôsse pelo “sistema interamericano”, mais probabilidades teria Fidel Castro de ser bem tratado pelo “sistema marxista-leninista”. Constituía un nuevo pretexto para afianzar su relación “satelizada” con la URSS, y de ésta a su vez para penetrar, vía su aliado caribeño, en el centro del poder norteamericano, en un intento por disputarle, al menos, una porción de su dominio hemisférico. En otros términos: introducir una punta de lanza en el sistema interamericano para

forzar su disgregación, en un momento en que precisamente el panamericanismo arrastraba una crisis sin solución a la vista.

La delegación argentina había intentado, con miras a evitar una potencial crisis interna por parte de los militares extremistas y también de las fuerzas radicales de la izquierda², mantener una posición de cierta ambigüedad en el transcurso de las jornadas decisivas. Así objetó, junto con Brasil, la medida de expulsión basada en argumentaciones más que todo jurídicas, como lo intentó el Canciller Miguel Cárcano y su colega brasileño San Tiago Dantas. El reto de la delegación argentina era hallar un mecanismo para sancionar al régimen cubano pero sin “destruirlo” (Potash, 1985, t. 2, 459).

De ahí que, de las nueve resoluciones rubricadas en la conferencia -de las cuales varias eran condenatorias hacia el castrismo-, Argentina firmó ocho. En la principal, la sexta, que excluía a Cuba de la OEA por haberse identificado con un régimen de ideología marxista-leninista, considerado incompatible para ser miembro del organismo continental, Argentina junto a los otros cinco países se abstuvo.

La diplomacia del Palacio San Martín a la altura de Itamaraty

Buenos Aires había hecho todo lo posible para pergeñar una estrategia conciliatoria, sancionar sin proscribir, llevando adelante una diplomacia prudente y pragmática que por un lado “satisficiera” a la potencia hegemónica y por el otro permitiera seguir practicando una línea de política exterior independiente. A su vez, este enfoque era plenamente compartido por los brasileños, tal como lo resumía Goulart al momento de asumir sus funciones: “Fiel aos compromissos assumidos, segue o Brasil uma direttriz de independência e justiça em face das disputas internacionais” (Goulard, 1962, 14).

Esa práctica juiciosa, que desde fuera parecía “ambigua” (Potash, 1985, t. 2, 459), en realidad era el resultado de una lectura aguda de la realidad tanto en el ámbito vernáculo como foráneo. Había sido pensada de antemano para intentar mantener una posición que dejara conformes, en la medida de las posibilidades, tanto al gobierno norteamericano como a los sectores de la burguesía conservadora y a las fuerzas de izquierda. De modo paradójico, estos sectores que se identificaban como clásicos oponentes, aquí se presentaban como partes integrantes de un frente opositor compartido, aunque manteniendo sus antagónicos enfoques.

El objetivo del gobierno radical apuntaba a sortear el desencadenamiento de los fanatismos siempre atentos a cualquier oportunismo para tomar rédito,

² A modo de ejemplo, es posible mencionar los serios incidentes protagonizados por sectores de izquierda en Caracas tras conocer la posición de Venezuela de apoyar el rompimiento con el régimen castrista. Las manifestaciones dejaron un saldo de varios muertos (*Jornal do Brasil*, 1962, 24 de enero, 1).

sin perder de vista el mantenimiento de los principios doctrinales de la política exterior, tarea de por sí harto compleja. Al respecto Frondizi señalaba:

La reunión de Cancilleres, convocada como órgano de consulta, no está facultada para excluir al gobierno de un estado miembro, conforme a los estatutos y tratados en vigor. Toda la tradición jurídica de la humanidad civilizada descansa sobre el principio de que no hay pena sin ley y de que nadie puede ser juzgado sino conforme a una ley anterior al hecho del proceso (Frondizi, 1982, t. 5, 100).

Dejar de lado el instrumento de derecho internacional que constituía la Carta de la OEA para imponer una medida condenatoria *ad hoc* contra Cuba, sentaría un peligroso antecedente jurídico. Traería aparejado la apertura de una vía paralela para la intervención extranjera en cualquier país del sistema interamericano, cuya forma de gobierno fuera disfuncional a los intereses de los decisores: “Renunciar a este principio equivale, en las relaciones humanas, a adoptar la ley de la selva. Y, equivale, en las relaciones internacionales, a una claudicación de la soberanía” (Frondizi, 1982, t. 5, 100 y s.). O, como indicaba López Levy (2009, 115): “Las asimetrías de poder coercitivo se impusieron, pero la OEA sufrió un gran descrédito y las democracias representativas locales se resentieron de una separación percibida desde la conciencia nacionalista de muchos actores como ilegítima”.

La herramienta jurídica utilizada por las seis naciones americanas, que intentaron frenar el rompimiento, era la única de la cual disponían a los fines de intentar una oposición con cierto peso. El bloque logrado conformaba, en otros términos, una “alianza maximizadora” conformada *ad hoc* para la ocasión que, no obstante su carácter coyuntural, fijaba un importante precedente de salvaguardia de los ideales americanos de autodeterminación. El frente común defensivo de las normas de derecho internacionales constituyó el arma de mayor solidez para esgrimir ante un contrincante harto más poderoso: “Los estados que no tienen suficientes cañones para oponerse a la superioridad material de las grandes potencias, no tienen otra arma que la fuerza ética del derecho para reclamar la solidaridad internacional” (Frondizi, 1982, t. 5, 96-97).

Sin duda, el desempeño de los funcionarios del Palacio San Martín en Punta del Este, elogiado públicamente por el propio Kennedy, se encontraba entre los de mayor relevancia en la historia de la diplomacia argentina, teñida de claroscuros y siempre rezagada con respecto a Itamaraty que, en esta oportunidad, cumplió un papel más bien de “acompañante”, consciente y respetuosa de la capacidad del equipo del Canciller Cárcano.

Los costos de un planteo soberano

La abstención argentina desencadenó una virulenta campaña de desestabilización por parte de las FFAA, donde eran particularmente activos sectores de la burguesía conservadora. Junto a ellos, también presentaban una oposición tóxica ciertos grupos periodísticos, así como el sector “balbinista” y el peronismo más radical que, dueño del movimiento sindical al cual Frondizi había dotado nuevamente de legalidad, enfrascaba al país en huelgas interminables con el consecuente debilitamiento del gobierno. Todo ello en pos de retornar lo antes posible al poder, guiado bajo la tutela a distancia que ejercía Perón desde el exilio. En este punto, es de interés traer a colación la marcada diferencia entre el recibimiento hartamente conflictivo que tuvo la delegación argentina al regresar a su país tras la cita de Punta del Este, y el ofrecido a sus pares de Itamaraty, que distaba mucho de ser despectivo.

Según Moniz Bandeira, en Brasil también operaban ciertos sectores de la prensa que imputaban a su gobierno de estar atado a las acciones de la diplomacia argentina y, a su vez, en Argentina sucedía lo contrario. De hecho, el propio Frondizi señalaba que algunos medios lo acusaban de ser una herramienta manejada por Itamaraty. El mismo autor advierte que las oposiciones contra la integración y el desarrollo de Latinoamérica provenían “de un comando unificado”, cuyas ramificaciones conspirativas con alcance mundial pergeñaban mantener atada a la región a sus lazos coloniales.

La similitud de las argumentaciones opositoras en ambos países denotaba el alcance global de esa influencia, que Frondizi denunciara en su discurso en Paraná y que Eisenhower señalara a su vez, aunque con mayor precisión, en sus palabras de despedida, apuntando sobre todo al complejo industrial-militar de su país. Estos intereses espurios obraban en pos de dividir, a toda costa, los movimientos de integración. Y, en este sentido, la alianza integracionista argentino-brasileña era un blanco importante a destruir (Moniz Bandeira, 2004, 299-300; Gussoni, 2010, 92-93.).

Los medios gráficos norteamericanos también se hicieron eco de las presiones recibidas por Frondizi, informando efusivamente sobre la expulsión de la Cuba comunista y la crisis hemisférica. A su vez, ponían el acento acerca de las repercusiones que estaban dando lugar a acciones desestabilizadoras en Argentina, expresando que Frondizi “se inclina ante los militares”, que le habrían presentado un ultimátum para romper relaciones con Castro, sumado a la obligación de echar al Canciller.

De igual manera, especulaban que el gobierno argentino, jaqueado por la crisis, estaría intentando sortearla. Para ello, accedería con prontitud a un corte de relaciones con Cuba, exigencia que fuera solicitada por las FFAA como condición *sine qua non* para alcanzar un potencial acuerdo y dar fin a la política “soft” del gobierno hacia el comunismo (*Sant Petersburg Time*, 1962, 3 de fe-

brero, 1; *The Calgary Herald*, 1962, 2 de febrero, 2; *The Deseret News*, 1962, 5 de febrero, 4A; *The Washington Reporter*, 1962, 5 de febrero, 9).

En Buenos Aires, la fuerza desestabilizadora fue tal que, en menos de dos meses provocará, junto a la victoria peronista en varios de los distritos electorales, la caída de Frondizi. Sobre esta complicada coyuntura, en el discurso pronunciado en Paraná, el correntino dejaba en claro las intenciones golpistas de esos sectores, que esgrimiendo las banderas del nacionalismo, dignidad nacional y defensa de Occidente, en realidad no tenían empacho alguno en transar con el capitalismo internacional monopólico, dejando de lado sus “supuestos intereses patrióticos”. Todo esto en aras de conseguir acceder al poder por cualquier vía (Moniz Bandeira, 1995, 160-162).

El jefe de Estado argentino en aquella memorable pieza discursiva, advertía proféticamente sobre el accionar de esos sectores antinacionalistas a los que “Cualquier pretexto les resulta útil para propiciar el derrocamiento del gobierno constitucional” (Frondizi, 1982, t. 5, 96-97).

Esos sectores fundamentalistas veían, con su clásica miopía, la posición defendida por la diplomacia de su país en Punta del Este como antinacionalista, “entreguista”; cuando en realidad estaba en la antípoda de esa falsa y malintencionada tesis: “El derecho internacional americano elaborado en torno a la autodeterminación, no es una formulación abstracta que puede dejarse de lado por razones contingentes o de urgencia. No es un medio, sino un fin” (Frondizi, 1982, t. 5, 96-98).

El fin de la experiencia desarrollista argentina y el retroceso bilateral

Los contundentes argumentos jurídicos esgrimidos por el Canciller Cárcano y su defensa del sobresaliente desempeño de la delegación argentina, no despertaron mayor interés en las FFAA. En tal sentido, ciertas expresiones vertidas por un oficial de aviación dejaban entrever el pensamiento militar sobre la cuestión jurídica, al sostener que en aras de liquidar al marxismo era necesario, en ciertas circunstancias, llegar “al sacrificio de la ley” (Potash, 1985, t. 2, 463). A la vista de una revuelta golpista, el presidente radical decide dar un respiro a la situación aceptando, contra su voluntad, romper relaciones diplomáticas con el régimen cubano, con la vaga esperanza de que esa decisión calmara los reclamos de los militares. Sin embargo, la firma del decreto tampoco satisfizo a los conspiradores, que continuaron con sus planes.

Más allá de todas las explicaciones que tuvo que dar Frondizi, como en otras tantas ocasiones, actuando a veces mas como “un prisionero” que como un jefe de Estado democrático con plenos poderes, la situación fue tornándose inmanejable. Y sumado a esta difícil coyuntura, el gobierno en breve debía

afrontar elecciones nacionales que podrían decidir su suerte, ya de por sí superada, en buena medida, a los humores de los jefes militares “troperos”.

El adversario a vencer era el peronismo, al cual Frondizi había levantado la proscripción aún a sabiendas de que podría triunfar en varios distritos, lo que pondría seguramente en marcha el mecanismo golpista. A pesar de esta cuasi “condena” anticipada, desechó modificar el curso legal de los acontecimientos y enfrentó las potenciales derivaciones. El 18 de marzo se votó en Argentina: el peronismo venció en diez de las catorce gobernaciones, entre ellas la estratégica Buenos Aires. El resultado no fue sorpresivo; difícil resultaba enfrentar al Frente Justicialista en una votación general por vez primera desde el derrocamiento de su líder.

El presidente, presionado por los militares enfurecidos por el triunfo peronista, decidió intervenir las provincias donde habían triunfado los candidatos de esa fuerza. Pero la suerte ya estaba echada y el golpe militar estaba en marcha. A pocos días, los mandos militares le solicitaban la renuncia. Frondizi, fiel a sus ideales, en un último y emotivo mensaje dirigido al presidente del Comité Nacional de la UCRI, le dejaba en claro que: “Tengo la firme decisión de enfrentar todo lo que pueda sobrevenir. No me suicidaré, no me iré del país, ni cederé” (Frondizi, 1982, t. 5, 236). El 29 de marzo era detenido y así llegaba a su fin la experiencia desarrollista argentina.

Dos años más tarde otro movimiento militar derrocaba a Goulart dando inicio, nuevamente, a otro ciclo de retroceso en el zigzagueante curso de aproximación entre ambos vecinos, de la mano de los gobiernos de facto que se sucederán a lo largo de gran parte de las dos décadas subsiguientes, reimplantando los viejos recelos y las disputas geopolíticas que habían signado por siglos el área de la Cuenca del Plata. Uno y otro pueblo deberán esperar hasta los comienzos de los años '80 para relanzar sus relaciones bilaterales que, finalmente, darán lugar a la concreción del bloque subregional, esto es el Mercado Común del Sur.

Conclusiones

El artículo expuso el complejo haz de intereses que caracterizaron los años iniciales de la década de 1960, de la mano de las desestabilizaciones que se produjeron en todo el continente a raíz de la crisis desatada por el régimen castrista. Estas fuerzas foráneas pusieron a prueba la fortaleza y profundidad de la novel relación mancomunada argentino-brasileña, forjada a lo largo del período desarrollista, la cual alcanzó su máximo nivel tras los acuerdos de Uruguayana, que impulsaron una acción diplomática conjunta contra los embates del poder estadounidense. Esta alianza estratégica había sorteado los obstáculos inherentes de los sucesivos recambios presidenciales y, además, mostraba

la unidad de criterios a la hora de defender la línea doctrinaria de la diplomacia latinoamericana.

En la cita de Punta del Este, aunque el resultado terminó siendo favorable a los intereses del Norte en pos de expulsar a Cuba de la comunidad americana, la reacción de la dupla argentino-brasileña fue trascendente, en tanto el mecanismo de la *entente* funcionó acabadamente y permitió mantener una postura inflexible que casi impidió el rompimiento, aunque entrambos vecinos mantuvieron en esos años serias discrepancias con el modelo de gobierno que se había instalado en la isla.

En realidad, el meridiano pasaba por proteger un espacio de decisión independiente dentro del compacto mundo del bipolarismo, ocupado por dos bloques adversarios en disputa desde el fin mismo de la segunda contienda mundial, que en esos precisos días estaban alcanzando el punto álgido de la escalada del conflicto. Tanto es así que, en los meses venideros a la reunión para sancionar a Cuba estuvieron a punto de llevar al mundo hacia el *Apocalipsis* atómico, en la denominada Crisis de los Misiles cubanos.

Quedó demostrado que, tanto Argentina como Brasil, consideraban que la cooperación tendería a influenciar a los demás países de la región. Constituía un intento tendiente a modificar anacrónicas posiciones, primeramente en el ámbito regional y posteriormente en el escenario continental, en pos de edificar de manera más real la tan pregonada unidad latinoamericana. Más aún cuando al otro lado del Atlántico se estaba gestando en esta polifacética etapa un fenómeno *sui generis* de integración, es decir el despegue de la futura unificación económica europea.

Las relaciones bilaterales con Brasil -que habían arribado a un estado de fértil colaboración- con la caída del presidente Frondizi en 1962 y luego con la de Goulart en 1964, mediadas por el asesinato de Kennedy, entrarán en una pendiente que llevará varias décadas remontar. En esos largos años estarán caracterizadas por el predominio del militarismo y la introducción de la doctrina estadounidense de la seguridad continental.

Los militares argentinos se esforzaron, presos de sus ideologías anacrónicas, por borrar todo rastro de las concreciones de Uruguayana, en tanto continuaban considerando al Brasil como la principal complicación geopolítica regional. A su vez, sus pares brasileños adoptarían una postura idéntica. Los viejos recelos eran revividos y la conflictividad suscitada por el manejo de la cuenca hídrica compartida fue su primer resultado.

Bibliografía

BENÍTEZ LÓPEZ, Jazmín. (2005). *La relación Estados Unidos-Cuba*

tras la promulgación de la ley para la libertad y solidaridad democrática con Cuba (*Ley Helms-Burton*): 1996-2004, México D.F., Tesis de Maestría en RRII, UNAM.

CAMILIÓN, Oscar. (1999). *Memorias políticas. De Frondizi a Menem* (1956-1996), Buenos Aires, Planeta.

DALLANEGRA PEDRAZA, Luis. (2009). *Teoría de las Relaciones Internacionales*, Univ. Maimónides, Buenos Aires, material de Cátedra.

DANTAS, San Tiago (1961). *Discurso pronunciado por el canciller San Tiago Dantas en la Academia Nacional de Derecho de Buenos Aires*. 13 de noviembre, S/d.

ESCUDE, Carlos y CISNEROS, Andrés. (2000). *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, Buenos Aires, publicado en: [<http://www.argentina-ree.com/historia.htm>], disponibilidad: 15 de marzo de 2011.

FRONDIZI, Arturo. (1989). *El presidente Kennedy que yo conocí*. Reedicción de la conferencia pronunciada el 14 de junio, Buenos Aires, Academia Argentina de la Historia, 5-48.

- (1979-1982). *Mensajes presidenciales 1958-1962* (5 tomos). (1979-1982). Buenos Aires, Centro de Estudios Nacionales/Crisol.

- (1962). *La política exterior argentina*. Buenos Aires, Transición.

GOODWIN, Richard. (1962). “*O Futuro da liberdade e a “Aliança para o Progresso”*”, en Revista Brasileira de Política Internacional, año V, núm. 17, pp. 5-16.

GOULART, João. (1962). “*Mensaje al Congreso Nacional*”, 15 de marzo, Chicago: Center for Research Libraries, pp. 5-15.

GUEVARA, Ernesto. (2006). “*Discurso del Ministro de Industria de Cuba Ernesto Guevara*”, 8 de agosto de 1961, Punta del Este, publicado en: [http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_en_Punta_del_Este,_Uruguay,_8_de_agosto_de_1961], disponibilidad: 17 de mayo de 2011.

GUSSONI, Enrique. (2010). *Estudio geopolítico comparado de las relaciones entre Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Univ. Maimónides.

LANÚS, Juan. (1984). *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina 1945-1980*, Buenos Aires, Emecé.

LESSA, Renato y Buarque de Holanda, Cristina. (2009). *San Tiago Dantas. Coletânea de textos sobre política externa* (Org.). Brasília, Fund. Alexandre de Gusmão.

LIMA, Alceu. (1962). “*A posição do Brasil em Punta del Este*”, en Revista Brasileira de Política Internacional, año V, núm. 17, marzo, 5-16.

LÓPEZ LEVY, Arturo. (2009). “*Cuba y la OEA: cambio y continuidad*”, en América Latina Hoy, núm. 52, Ed. Univ. de Salamanca, 107-130.

MARQUES BEZERRA, G. (2010). *Relações Político-Diplomáticas no Contexto da Guerra Fria (1959-1986)*. Brasília, Fund. Alexandre de Gusmão.

MONIZ BANDEIRA, Luis. (2004). *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*, Buenos Aires, Norma.

- (1995). *Estado nacional e política internacional na América latina* (2ª ed.). San Pablo, Ensaio.

POTASH, Robert. (1985). *El ejército y la política en la Argentina II 1945-1962* (2ª ed.), Buenos Aires, Hyspamérica.

TEICHERT, Pedro. (1962). “*A América Latina e o impacto sócio-econômico da Revolução Cubana*”, en *Revista Brasileira de Política Internacional*, año V, núm. 17, pp. 89-115.

Fuentes hemerográficas

JORNAL DO BRASIL. (1961). “*Para Kennedy só um Plano Marshall salva A. Latina*”, 7 de agosto, Río de Janeiro, 1.

- (1961). “*Guerra fria tem base econômica, diz Mariani*”, 9 de agosto, 1.

- (1961). “*EUA compromettem-se a ajudar a América Latina. Arinos confirma visita de Jânio à URSS no próximo ano*”, 10 de agosto, 1-3.

- (1962). “*San Tiago diz que posição do Brasil ante Cuba não muda nem pode mudar*”, 6 de enero, 1-3.

- (1962). “*Brasil firme sobre Cuba: EUA concordam*”, 19 de enero, 1.

- (1962). “*Goulart comunica a Dorticós posição do Brasil*”, 22 de enero, 1.

- (1962). “*San Tiago: um dia negativo*”, 23 de enero, 1-3.

- (1962). “*Dean Rusk: divergência não impedirá Aliança*”, 24 de enero, 1-5.

LEWISTON MORNING TRIBUNE. (1962). “*Fronzizi Sends Kennedy 3 Proposals he Plan on Cuba*”, 8 de enero, Idaho, 10.

SAINT PETERSBURG TIMES. (1962). “*Fronzizi Bows to Military in Argentina*”, 3 de febrero, Florida, EUA, 1.

THE BONHAM DAILY FAVORITE. (1961). “*20 Nations Join U.S. in Progress Alliance*”, 17 de agosto, Texas, 1.

THE CALGARY HERALD. (1962). “*Argentina Calls Back Ambassador To Cuba*”, 2 de febrero, Calgary, 2.

THE DESERET NEWS. (1962). “*Military Chiefs in Argentina Map Cuba Plans*”, 5 de febrero, Utah, 4A.

THE PITTSBURGH PRESS. (1961). “*Alliance for Progress a Challenge to Reds*”, 10 de agosto, Pa., EUA, 14.

THE WASHINGTON REPORTER. (1962). “*Argentina Backs Position on Cuba*”, 5 de febrero, Pa., EUA, 9.